



APERTURA DEL AÑO SANTO DE LA MISERICORDIA

12-13 DICIEMBRE 2015

Con la convocatoria del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, el Papa Francisco convocaba el primer Año Santo que no se celebra con una referencia temporal, sino para resaltar el rasgo de Dios Padre más evocado en el Antiguo y Nuevo Testamento: su Misericordia. Invitándonos a adentrarnos en el misterio de Dios para progresar en el camino de la conversión y para descubrir el verdadero sentido de nuestra misión en el mundo.

El mismo lema elegido por el Papa para la celebración del Año Jubilar “Misericordiosos como el Padre”, es todo un programa de vida cristiana y un gozoso compromiso para quienes intentamos acoger el infinito amor de Dios. Jesús, desde su experiencia de comunión con su Padre, nos recordará durante sus años de vida pública que éste siempre está abierto a la acogida y al perdón, a derramar su bondad a pesar de los pecados y olvidos de sus hijos (cfr. Mt 5,45), que pide no juzgar ni condenar, sino perdonar y amar sin medida (cfr. Lc 6,37-38). Con sus comportamientos misericordiosos y compasivos hacia los hermanos, Jesús nos revela el rostro del Padre, que se conmueve ante las necesidades de todos nosotros.

Al descubrir este amor y acogerlo en lo más profundo del corazón, también, nosotros, si nos dejamos guiar por el Espíritu, estamos en condiciones de salir hacia las necesidades de los hermanos para mostrarles el rostro misericordioso de Dios. Por ello, escribe el Papa: “De este amor, que llega hasta el perdón y el don de sí, la Iglesia se hace sierva y mediadora ante los hombres. Por tanto, donde la Iglesia está presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre. En nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, donde quiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia” (MV12).

Por eso, a lo largo del año de la Misericordia, además de encaminarnos hacia los lugares jubilares, además de vivir las condiciones para ganar las gracias de las Indulgencias que el Jubileo nos ofrece, experimentando la misericordia de Dios sobre cada uno de nosotros, descubriendo que no es una idea abstracta, sino un amor concreto que cada uno puede experimentar en sí mismo; además, todos deberíamos experimentar la vivencia y la práctica de las obras de misericordia, así como la celebración del sacramento de la penitencia, el gran sacramento de la misericordia. No podremos crecer espiritualmente ni ser auténticos misioneros, sino descubrimos, y dejamos curar, nuestras incongruencias y pecados en las relaciones con Dios y con los hermanos, y sino avanzamos en la práctica del mandamiento del amor con nuestros semejantes.

Hemos de abrir la mente y el corazón a las nuevas pobrezas. Entre estas podemos enumerar la soledad, la desorientación, la angustia, la desesperanza y el sufrimiento en las relaciones familiares, en las exclusiones de todo tipo y las carencias económicas y de acogida de quienes sufren fuera de su tierra. Seamos conscientes de que junto a Cáritas y otras instituciones, podemos seguir abriendo caminos de servicio a las diversas pobrezas, con gestos y compromisos que sean impulsados en este Año Jubilar, en el que como nos recuerda el Santo Padre debemos practicar las obras de misericordia, espirituales y corporales.

Providencialmente este Año Jubilar viene a incidir en el inicio del nuevo Plan Diocesano de Pastoral, fruto de un trabajo de discernimiento con participación abierta a todos, que se ofrece como instrumento de comunión y renovación en nuestras parroquias y comunidades y que encuentra en el Año de la Misericordia un marco de fecundidad para la conversión pastoral que el Papa nos pide en estos tiempos necesitados de un nuevo ardor misionero en nuestra Iglesia.

Hermanos, con la apertura de la Puerta Santa o Puerta de la Misericordia, se abre ante nosotros un año de gracia, un año en el que somos llamados a vivir una intensa renovación personal y eclesial, fruto de acercarnos a la Misericordia de Dios y de hacernos, por obra de su gracia, signos vivos de su misericordia para cuantos nos rodean. Siempre la contemplación del misterio de la Misericordia de Dios y el dejarnos transformar por su amor, además de ser camino de nuestra salvación, es fuente de serenidad y de paz, de alegría.

Precisamente este domingo en el que estamos, tercer domingo de Adviento, en el que expresamente el papa Francisco ha querido que abrieramos en las diócesis el Año Jubilar, es conocido como el domingo de la Alegría.

“Regocíjate, Hija de Sión, grita de júbilo Israel, alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén”, hemos escuchado en la Primera Lectura. “Gritad jubilosos: ¡Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel!”, proclamábamos en el Salmo Responsorial. “Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres”, nos ha dicho San Pablo en la Segunda Lectura. Y el Evangelio de San Lucas de este domingo terminaba con estas alentadoras palabras referidas a Juan el Bautista: “Añadiendo otras muchas cosas, exhortaba al pueblo y le anunciaba el Evangelio”.

Ciertamente les anunciaba la Buena Noticia, la cercanía de Dios, del Señor, cuya misericordia no tiene medida y siempre sorprende, como sucedió con la plenitud de la Revelación de su amor, en Jesús, nacido por nosotros.

Ciertamente, en el inicio de un Año Jubilar, de júbilo, es oportuno recordar que, la alegría es virtud cristiana por excelencia porque tiene su cimiento en la fe y en la confianza en nuestro buen Padre, Dios, se construye sobre la caridad, como don de sí mismo que Jesús nos ha mostrado, y mira confiada hacia adelante sin que ningún acontecimiento nuble la esperanza que el Espíritu sostiene.

Exhorto a los sacerdotes, miembros de la vida consagrada y fieles laicos a vivir intensamente el Jubileo de la Misericordia, valiéndose de las orientaciones del Plan Diocesano de Pastoral y de los distintos Organismos Diocesanos; para ayudar a la celebración del Año Jubilar de la Misericordia en comunión con la Iglesia Universal.

Oremos por nuestra diócesis de Orihuela – Alicante, para que en torno a los lugares jubilares (Catedral, Concatedral, Santa Faz y las Capillas de Adoración Perpetua en las cinco Vicarías), en sus comunidades y en todos sus miembros descienda copiosa la gracia y la misericordia de Dios que nos renueva según su voluntad.

A la Virgen, nuestra Madre, Madre de Dios, confiamos los frutos de este Jubileo Extraordinario de la Misericordia, que ella nos ampare y asista. Así sea.



✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante